

CRONICAS DE UN
DOMINGO EN FLOR

Hola, mi nombre es Juan Pérez y en este relato le voy a contar una extraña situación en 1989. Esto lo escribo horas antes de mi muerte. A día de hoy mi vida no ha vuelto a ser la misma desde aquella Fiesta del almendro. Es una cosa que no puedo explicar, que, por más que busque, jamás podré decir a la gente, “esto fue así”. Primero empezaré contando cómo fue mi vida hasta ese año. Yo nací en 1973. A la edad de cuatro años mi padre murió, cuando fue a Cuba a darnos una mejor vida, atropellado por un coche. Más tarde mi madre murió por la gran depresión que le acaeció, ya que acabó ahorcándose, cuando yo únicamente tenía nueve años. No tenía más familia que ellos. Me llegó una carta de que tenía unos parientes en Fuerteventura, pero de todas formas, tenía ganado y campos que cuidar, como herencia de mi padre, por lo que decidí quedarme, para honrar a mis padres. A partir de ahí mi vida fue solitaria. Mi única relación era un buey que tenía, al que bauticé como Eustaquio. Creo que aparte de él, el tendero para las semillas era la única persona con la que hablaba, acerca de qué abonos eran mejores para las huertas de papas. Pero por lo demás, nada. Cuando mi padre murió, él ya había enviado algo de dinero, y mi madre me apuntó en la escuela, en donde lo único que aprendí fue a leer y, luego, a nivel individual y personal, a escribir. Cuando iba al monte por busca de leña, además de coger pinillo para las cabras, me ponía a escribir acerca de mi persona en lugares como Argentina y Chile, países que he escuchado describir y esas descripciones me enamoraron de la magia de ambos países. En esas aventuras, era un joven con una larga melena rubia, con mucho dinero que se enamoraba de una chica llamada Rosa María de los Cristos de Fátima y tenía un tórrido romance con ella; entonces era, a diferencia de en Puntagorda, una persona feliz. Cuando tenía 16 años, algo dentro de mí decidió cambiar. Eran principios de enero y celebré el fin de año al lado de mi buey Eustaquio, ambos comiéndonos las doce uvas tradicionales de ese día tan especial aunque Eustaquio se mandó el racimo entero a la tercera campanada. Esa “voz” que me dijo que cambiara, me dijo que fuera a la Fiesta del almendro en flor.

Esa edición de la fiesta se celebró en la última semana de enero. Como siempre, el fin de semana, es decir, el domingo. Esa semana, me fui a comprar una camisa, unos pantalones y unos zapatos, ya que la única ropa que poseía era de faena. Antes, la fiesta no era lo que es ahora; con sus caravanas, sus puestos de venta, sus *macro* fiestas los sábados por la noche, su gran consumo de drogas que considero que han hecho perder a la juventud, etc. Aparte de que no había ni tan siquiera la mitad de gente que hay ahora.

Era el día de la fiesta y yo estaba dispuesto a bajar. A las diez de la mañana fui a la fiesta, en *El Pinar*, donde se había organizado que hubiera música de *orquesta*. En el trayecto, lo primero que reconocí fue la avenida llena de almendros en flor, una de las imágenes más bellas que he podido presenciar jamás. También pude distinguir a unos cuantos pueblerinos montando el escenario cerca del nuevo instituto que habían construido. Bajé *El Pinar* y escuché a unos chicos hablar sobre una fiesta, me acerqué a ellos y les pregunté de qué fiesta hablaban, con un miedo generado por el aislamiento que me *propuse* después de la muerte de mis padres. Ellos, extrañados por mi presencia, me dijeron que se iba a organizar una fiesta no-oficial en unas calles por debajo de *El Pinar*.

Me pasé horas dando vueltas a los Cuatro Caminos, pensando en aquella voz que me había dicho que viniera a la fiesta, mas no le encontraba ninguna explicación a su consejo. Esto es debido a que no sabía qué estaba haciendo en aquel lugar lleno de personas que me trataban de loco.

Decidí ir a esa fiesta no-oficial que me habían dicho horas antes aquellos jóvenes. Cogí y salí corriendo de ese infierno en que se había convertido en pocas horas la Fiesta del almendro. Al poco rato llegué a esa fiesta. Todo el mundo estaba bebiendo y se oían risas procedentes de cosas sin sentido, además de banales. Por mi mente pasó el pensamiento de que había caído en la boca del lobo. Entonces, sin darme cuenta, un chico se me acercó, me cogió por el hombro y me obligó a beber ron. Me zafé como pude de esos *sujetos* que no sabían ni donde estaban ni qué *carajo* hacían allí. Me puse rumbo para la costa. Caminaba y caminaba, pensando que el mundo creado en este pueblo no era para mí y mi forma de ser. Estaba muy furioso, demasiado. Cada piedra que veía la lanzaba a los árboles, y si tenía oportunidad, destrozaba ramas de los mismos. En un rato me calmé, y cerca de uno de los muchos invernaderos de la costa vi a una chica llorando. Me acerqué a ella:

-Hola- le dije.

-Hola-me contestó ella.

Ella era rubia, con los ojos castaños, alta, muy pálida. Me senté junto a ella y empezamos a hablar.

-¿Cómo te llamas?-le pregunté.

-Vanessa Dickens-

-¿Por qué lloras?-

-Es que mi vida es un completo desastre. Mis padres me obligan a salir con chicos que son unos auténticos payasos que no saben más que presumir de tenerme como novia y de llevarme *al huerto*.

-Pues lo siento mucho de que tus padres te obliguen a ir con esos canallas. Pero no te pongas así, que mínimo tienes a tus padres vivos.

-¿Los tuyos están muertos?

-Pues sí, los dos. Ahora me dedico a la ganadería para sobrevivir básicamente. Y además, tú te relacionas más con la gente. Yo sólo tengo a mi buey Eustaquio y poco más.

-¡Ja, ja, ja!- se le dibujó una sonrisa en la cara. Aunque mi situación era triste, me alegró verle una sonrisa en su bonita cara.

-¿Y tú cómo te llamas?-

-Mi nombre es Juan.

-Encantada, Juan. Veo que no eres uno de los muchos *ceporros* con los que he salido en mi vida.

-Gracias por ese halago. Si quieres te acompaño a tu casa, que seguro que tus padres están preocupados.

-Qué va, prefiero seguir hablando contigo.

Así, las doce del mediodía se convirtieron fácilmente en las cinco de la tarde. Su vida era bastante sencilla, pero llena de muchas experiencias que tuvo por Europa cuando era pequeña. Procedía de Irlanda, y se había recorrido muchos países como Finlandia, e incluso Rusia. Me contó un pequeño suceso que le pasó con seis años. Ella se encontraba en uno de esos muchos viajes, en Francia, y se perdió en la *Torre Eiffel*, cuando sus padres se dieron cuenta se había hecho muy tarde, y salieron como a las doce de la noche. Se encontraba en Canarias porque su padre había hecho una gran fortuna con una empresa metalúrgica de Inglaterra, y querían retirarse a un sitio tranquilo que fuera diferente a esas grandes metrópolis europeas. Ella, al igual que yo, tenía 16 años.

Cuando me disponía a marcharme a mi casa con Eustaquio, ella me dijo que si me podía acompañar a mi casa, que estaba enfadada con sus padres y quería darles un escarmiento, no yendo a su casa, para que así éstos se preocupasen. No le di ninguna negativa, y nos pusimos en marcha hacia mi casa. A ella le encantaban los almendros en flor. Decía que eran muy bonitos y que le traían recuerdos de épocas pasadas en donde ella era mucho más feliz que ahora. Cogía continuamente pétalos de los almendros y de vez en cuando me daba uno, sin decir absolutamente nada. Me recordaba un poco a una novela que leí de una chica que daba flores

a su novio sin decir absolutamente nada. Seguimos caminando sin ningún problema, hablando únicamente de animales, pues tenía una gran experiencia ya que ella y sus padres poseían una granja en el sur de Irlanda.

Llegamos a mi casa. Le abrí la puerta y luego me fui a echarle de comer a Eustaquio. Regresé y ella estaba sentada en el sillón.

-Eh, pero esta casa es un poco vieja, ¿no?

-Es que a Canarias llegó la Revolución industrial en 1950, no estamos tan adelantados como los ingleses.

-Irlandeses.

-No sé, a mí me parecéis todos iguales.

1.

-¡Ja, Ja, Ja!, pero cuidado, que si vuelves a fallar, lo vas a pagar caro ¡Ja!- de nuevo se le encendió una sonrisa, que me puso bastante alegre.

-Y tú qué sueles hacer por aquí.

-Pues leer y cuidar de mi ganado. Es que para sobrevivir sin que alguien te mantenga la cosa está muy difícil.

-Ya, comprendo.

Me senté al lado de ella. Preparé unos huevos fritos y estuvimos cenando eso. Al final nos sentamos de nuevo en el sillón. No tenía mucho entretenimiento que ofrecerle, así que recordé que tenía un parchís con el que jugaba con mi madre cuando era pequeño todas las noches, y que creo que la ayudó, pero no de forma eficaz, a superar la muerte de mi padre.

-¿En serio que vamos a jugar al parchís?

-Claro. Es que no se me ocurre una cosa mejor.

-Pues a mí sí.

Me agarró de la camisa y me besó. Era la primera vez que besaba a una chica en toda mi vida. Durante bastante tiempo estuvimos besándonos. Luego lentamente nos empezamos a quitar la ropa. No sabía lo que estaba haciendo. Había leído de estas cosas, pero jamás creía que me pasaría a mí. La noche fue muy apasionada. Nos pasamos toda la noche en una acción causa de una pasión cuyo origen era muy *efímero*. Apenas nos habíamos conocido algo. No sabía quién era. Pero me gustaba. Sabía que yo quería que ella fuera la madre de mis hijos y que envejeciéramos juntos. Esa noche fue, lo siento, pero creo que lo que sentí no lo puedo explicar con palabras. Pero podría decir que por primera vez en mi vida era feliz. Al la mañana siguiente me encontraba solo. Vanesa no estaba a mi lado. Busqué y no la encontré por ninguna parte. Me vestí y salí corriendo. Llegué al Pino, y empecé a preguntar a la gente acerca de Vanesa. Les contaba toda su historia, cómo era, quiénes eran sus padres. Pero siempre respondían lo mismo “*lo siento mi niño, pero no sé nada*”. Me recorrí todo el pueblo. Pero nada, absolutamente nada.

Nunca supe de ella. Pero un día ocurrió algo extraño. Cuando fui al cementerio a poner flores en la tumba de mis padres, unas señoras me pidieron que pusiera unas flores en las tumbas de sus maridos. Cuando fui a colocarlas, vi en una esquina un nombre: *Vanessa*. Me acerqué al nicho que ponía su nombre. Contemplé con expectación que ponía en la lápida *Vanessa Dickens 1931-1947*. Con dieciséis años murió esa chica. Era demasiada coincidencia. Al día siguiente me dirigí al Ayuntamiento para preguntar sobre el registro del año en que murió esa chica.

Busqué y apareció en el registro su nombre, el nombre de los padres, todo lo que ella me había contado, la misma historia. Extrañamente también tenían en el registro una foto de su familia al llegar a Puntagorda. Por un momento dudé si quería coger esa foto y averiguar si la chica con la que había pasado el mejor día de mi vida era aquella difunta.

Abrí el sobre. Era ella.

Esa chica de la foto era Vanessa Dickens con la que había pasado aquel día del almendro. Me asusté bastante y salí corriendo del Ayuntamiento rumbo al cementerio. De mis ojos las lágrimas caían como cascadas. Estaba furioso. Era una mezcla de sentimientos que se sucedía en un caos indescriptible.

Me acerqué a la tumba de Vanessa.

-¿Por qué? ¿Por qué viniste a mi vida y me engañaste esa noche creándome falsas esperanzas de felicidad? ¿Por qué yo, un pobre infeliz afectado toda su vida por la muerte de sus padres? Y lo más gracioso es que tú estás muerta. ¿Por qué me hiciste creer en un falso sentimiento de amor!, ¡por qué me diste oportunidad de soñar!, ¡yo te maldigo!

Empecé a gritar sin parar. Le di patadas, puñetazos hasta escupí en aquel nicho. Hice una gran cantidad de injurias hacia la persona de Vanessa.

Después, todos los días y fines de semana que se celebraba la Fiesta del almendro me entristecían bastante. Mi vida después de eso tampoco cambió. Seguí recluyéndome más y más en mi casa, hasta que en el pueblo me conocieron con el sobrenombre de *El llanero solitario*. Sólo podría contar que empeoró bastante desde que Eustaquio murió. Un elemento que hacía que mi depresión aumentara esos días era que en aquella tarde, Vanessa sí me dijo una cosa cuando me dio una flor, que fue: *al igual que estas flores, todo en esta vida es bastante efímero*. Me asustó bastante, y tal vez sería una premonición o un aviso de ella de que ese día sería eso, sólo un día. Al principio de esta historia, puse que estoy escribiendo esto horas antes de mi muerte. Eso es debido a que de nuevo he vuelto a escuchar esa voz que en aquel 1989 me dijo que cambiara. A cada hora esa voz va aumentando de tono, y al mismo tiempo tomando el dulce tono de *su voz*. A mis setenta y cinco años de edad, eso sólo significa una cosa, que ella va volver para llevarme. Extrañamente, este día es el domingo de la Fiesta del almendro. No me había parado a pensar en estos tres meses que llevo aquí que las camas de los hospitales fueran tan cómodas.

Alejandro Abreu Tota (4º ESO)